

1924-25

El Castellano

REVISTA SEMANAL GRÁFICA

Año I

Toledo 18 de Abril de 1924.

Núm. 1



PRECIOSA ESCULTURA, ATRIBUÍDA A PEDRO DE MENA, QUE SE VENERA EN LA IGLESIA DE SAN ANDRÉS.

(Foto Rodríguez.)

Las procesiones de Semana Santa en Toledo

A lo largo de trece meses de grata residencia en la Imperial ciudad, escucho este año iguales lamentos que en el pasado: —¡Qué lástima de procesiones! ¡Con lo que podría hacerse aquí!

Y la réplica surge inevitable; si puede hacerse, ¿por qué no se intenta? Y se alzan también con todo el prestigio de palabras triunfadoras, éstas de fe y voluntad, que dejan, al pronunciarse, huella de dificultades vencidas, de obstáculos arrollados ante el animoso empuje.

Ni puede hablarse de egoísmos, indiferencias, intereses creados, pesar del bien ajeno por si éste inicia la empresa o aquél la ejecuta. Ni pueden faltar inconvenientes, ni es bien que el camino se ofrezca llano y sin relieves.

Pero ¿qué aguerrido capitán hizo cuenta de los soldados del campo contrario?; de haberse formado en tan bajas consideraciones, no impresionarían hoy nuestra alma con la deslumbradora luz del arte cristiano las maravillas de nuestra Iglesia madre, los prestigios artísticos de la ciudad incomparable.

¿Cuántos son los que justamente se duelen de que el sentimiento religioso toledano no alcance una expresión externa más alta y suntuosa en estos días santos?

¿Cuántos quieren poner su voluntad, su fe y su dinero también en el propósito?

¿Son veinte? Pues que somos veintiuno.

El movimiento no tiene más que una demostración: echar pie a tierra, mirando al cielo.

J. POLO BENITO

¡Jerusalén!

Dios te salve, corona de Judea, reina y señora del pueblo deicida, sultana de las cien torres, la protegida de Salomón para ensalzarte, la señalada por Tito para destruirte.

El te bendijo un día diáfano y azul como las aguas del Arnón y te alzaste hermosa y arrogante sobre Acra, Sion, Ophel y Moriah.

Alfombras de esmeralda tapizaban tus colinas, flores sin cuento bordaban tus vegas, espejos de acero semejan tus lagos, zafiro asterio remedaban los remansos del Jordán, de agua bendita por la mano del Dios-Hombre, para que su humedad regenerase nuestra espiritual existencia.

Dí, hija hermosa de Sión, ¿qué se hizo de tu poder y tu gloria? ¿Dónde fué a posarse el polvo de tu grandioso templo salomónico? ¿Dónde los fuertes y almenados muros de tu soberano Agrippa? ¿Dónde tus bosques de perpetua

verdura, y tu variada flora y tus frutas sabrosas y dulcísimas?

Ramillote marchito de azahar y limoneros, ¿dónde están tus doradas toronchas, dónde tus bergamotas, dónde la poesía que inspiró a tu soberano protector *El cantar de los cantares*, ese sentimental y sublime poema, lleno de frescura y encantadora sencillez, más dulce que el panal que fabrican las abejas del Líbano?

¡Dichosa tú, Jerusalén, la elegida del Señor para erigirte bella!

¡Desgraciada tú, Jerusalén, que te eligió también para teatro donde había de tener lugar el proceso y desenlace de la grandiosa tragedia y el sublime sacrificio consumado en el Calvario, que hizo rasgar el templo de alto a bajo, oscurecer los astros, estremecer las entrañas de la tierra, descubrir los abismos de los mares, hendir las fuertes rocas y abrir las cerradas sepulturas!

Quísole Dios así, y el Angel de la muerte cernió sus negras alas sobre tus torres, ¡miseria Jerusalén!, y pobló de sombras tus campiñas, pues del Carro del Sol los caballos voladores amainaron su carrera y no se alzó aquel monarca de la luz, como ascua de oro, sobre el Gethsemaní.

Había de cumplirse la Escritura del Profeta y la ruina de tu soberbio templo, maravilla de la soberbia humana, señaló la ruina de tu imperio; la bruma que empañó al sol, esterilizó tus vegas y dió luz a las sombras de tus bosques, que fué igual que prestar sombras a la luz del Mediodía...

* * *

Desde entonces, triste Jerusalén, el silencio que a tu campiña rodea, es sólo interrumpido por el silbido del viento que gime entre las grietas de las ruinas de tus muros o entre tus milenarios olivares y no copia los zafiros del cielo tu Jordán. Do se cernían arenas de oro, duerme tierra infecunda; tus praderas floridas, tus misteriosos pensiles trocádose han en agrestes y agresivos carrascales...

Piadosos y cristianos peregrinos, corred, corred a visitar Jerusalén, que allá, perdido y medio oculto en un rincón de Judea, le hallaréis como reina sin trono, despojada de flores la corona y roto en pedazos mil el cetro soberano que un día dictó leyes sapientísimas y decretó la más cruel de las sentencias...

Corred, corred, cristianos, fervorosos peregrinos, visitad Jerusalén, que allí le encontraréis como estatua yacente, su testa descansando sobre el Monte Sión y apoyando sus pies sobre el Ophel.

Corred, corred, cristianos, y doblad la rodilla ante el sepulcro de Jesús crucificado; inclinad la cerviz ante la tumba inmensa de un gran pueblo, tumba sin siemprevivas ni cipreses, tumba sin epitafios, tumba en que las piedras y cenizas aventadas cubre aquella tierra siempre envuelta en profundo silencio, en la esterilidad y el más triste de los duelos, desde aquel tremendo instante en que exclamó Jesús con grandes voces: ¡Eli! ¡Eli!... y con su postrer aliento: «¡En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu!»

¡Jerusalén! ¡Jerusalén!

Cumplióse la profecía.

El Arpa triste, melancólica de aquellos prohombres

tocados de la divina gracia, lo había revelado con sus inspiradas vibraciones.

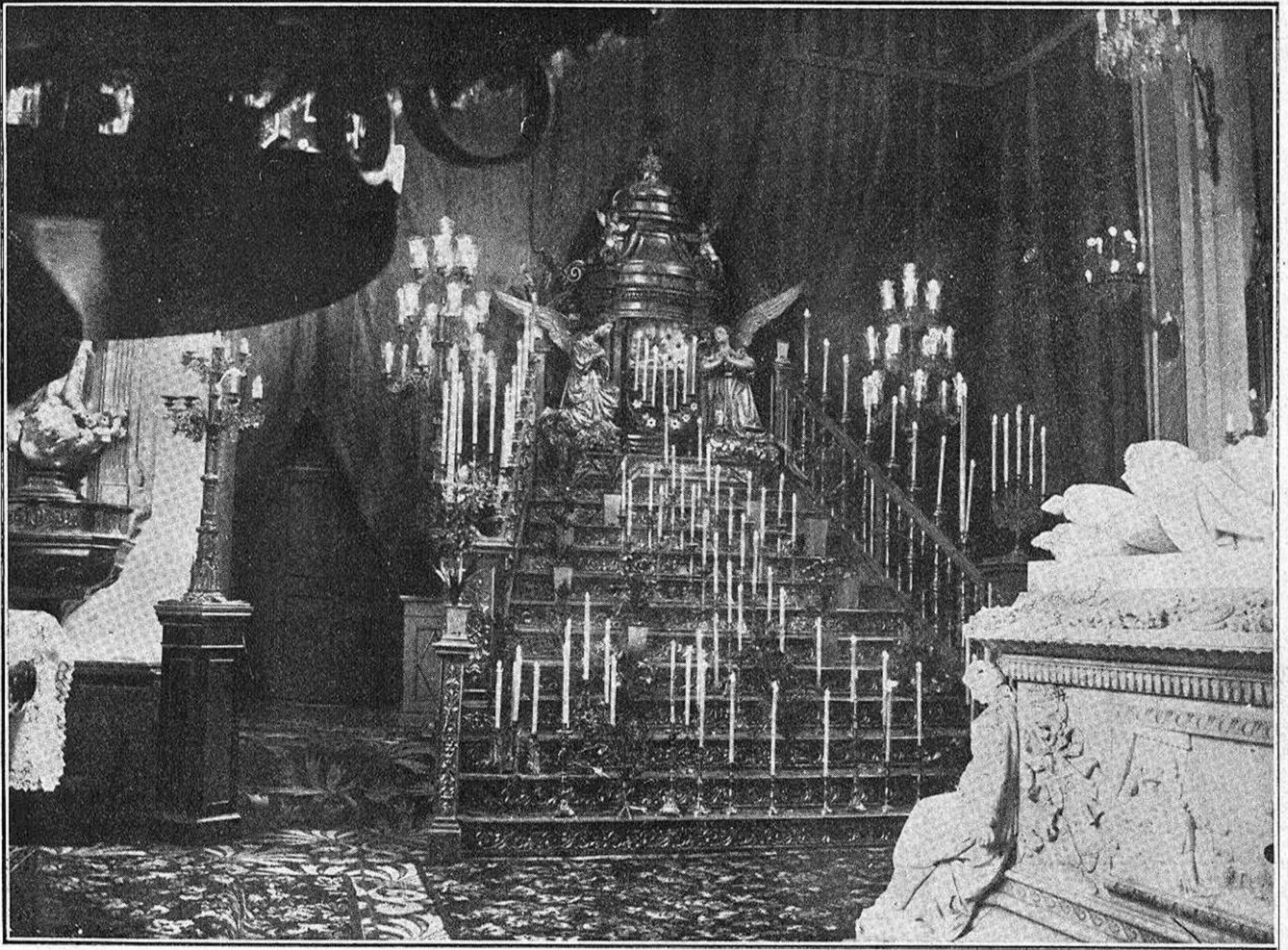
Tus puertas, ciudad grandiosa de David, cedieron al empuje potente del gentilismo romano; ya no era aumentado el inquieto caudal de las aguas del Eufrates con las del pueblo de Daniel, ni las flores de los extensos vergeles babilónicos con la bruma del llanto derramado ante la ruina del gran templo; y era porque Judá, la patria de Jesús, la Judá de los Profetas, inclinaba la frente para sufrir el yugo de los Emperadores romanos.

¡Por eso, bien pronto las tablas del Decálogo, aquellas tablas recibidas de Dios en el Monte Sinaí por el abando-

nado en las aguas del Nilo y salvado por la hija de Faraón, habían sido arrojadas al abismo de la indiferencia aun por los espíritus más fuertes; y las sublimes Déboras, las prodigiosas Judith, las Esther pudorosas ya no existían, antes por el contrario, Judá tenía Magdalenas que engalanaban su pecho y su garganta con chispas de luces de colores, con pedruscos brillantes a todas luces falsos, que no hay luz que centellee en una joya, que no resulte falsa ante los ojos de Dios!

.....
¡Descansa en paz, triste Jerusalén!

JAVIER SORAVILLA



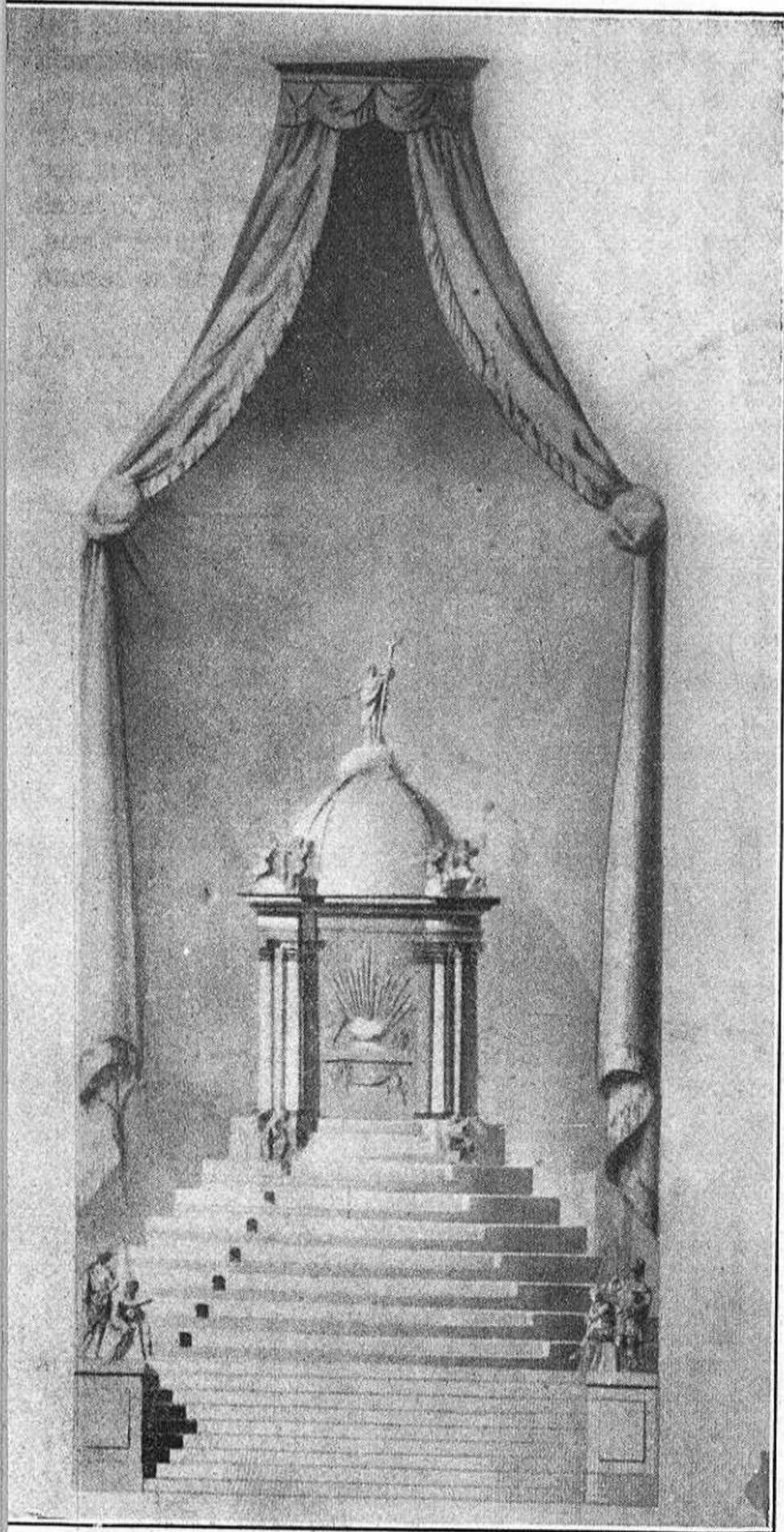
ARTÍSTICO MONUMENTO DEL COLEGIO DE DONCELLAS NOBLES

(Foto Rodríguez.)

En estas piadosas pirámides de luces y de flores, que llamamos monumentos, con que el fervor cristiano conmemora la más alta concepción de amor que vieran los siglos: la Divina Institución de la Eucaristía, parece como que se refleja sutilmente el espíritu de los adoradores.

Nada más deliciosamente ingenuo y conmovedor que esos monumentos que se erigen en las pequeñas iglesias de aldea, formados por velas de los más variados tipos, entre las que se alzan orgullosas las rizadas y adobadas con talcos policromos, y las plantas de algarrobo crecidas lejos del sol.

En éste del Colegio de Doncellas Nobles, junto con la más acendrada piedad, hay ese sello especial de distinción, de arte, de elegancia discreta, que dejan en cuanto tocan dulces manos de mujeres jóvenes y lindas.



PRODUCCIÓN DE LA TRAZA DEL ANTIGUO MONUMENTO «GRANDE»
DE LA CATEDRAL

El Monumento grande

Desde los primitivos tiempos del cristianismo, celebra la Iglesia católica, con gran pompa y solemnidad, las Fiestas y Oficios de la Semana Santa. En ella se rememoran los últimos misterios de nuestra redención, y se nos presenta a nuestro Divino Salvador en la más excelsa apoteosis de su inmortal grandeza: dando la vida por los hombres.

No es nuestro ánimo detener la atención de nuestros lectores en la contemplación de estas celestiales gracias, sino, con motivo de ellas, hablar cuatro palabras de las cosas de nuestra Catedral, a la que con tan acendrado afecto sirvo y tantos desvelos me ha proporcionado.

Posesionado el inmortal Cisneros de la Silla toledana; enterado profunda y ampliamente de sus gloriosas tradi-

ciones, halló entre ellas la del rito gótico o mozárabe, y con la grandeza propia de su genio colosal, que acaso no se haya superado, pensó resucitarlo y perpetuarlo, y para ello fundó, en el mismo santo templo, la capilla que todos conocemos, fabricándola y dotándola cual correspondía a la alteza de su objeto y al prestigio y alcurnia de su honorable fundador.

Era la capilla mozárabe, por aquellos entonces, destinada a dos principales objetos: la reunión de los canónigos y la colocación del monumento el día grande, jueves de la santa semana. Por esta segunda razón se llamaba, y continúa llamándose, dicha capilla del «Smo. Corpus Christi». Dotó Cisneros a los señores canónigos de local adecuado para sus reuniones, construyendo la admirable sala capitular que todos conocemos; pero faltó lugar desde aquella fecha de la creación de la Capilla mozárabe para la colocación del monumento.

Donde se colocara éste en tiempos posteriores, no es cosa que, por ahora, tratemos de exponer, porque nos apartaría del objeto propuesto. Sólo haremos constar que el Cabildo continuó celebrando la festividad litúrgica con el esplendor propio de la más rica de las catedrales del mundo. Pero, sin duda, no satisfacía ni al Prelado ni al Cabildo, en la continuación de los tiempos, la forma de hacerlo, y así pensaron en la construcción de un monumento que correspondiera, de una vez para siempre, a la soberana majestad para que era destinado. Para ello, el 6 de junio de 1668, se tomó el acuerdo que aparece en las siguientes líneas:

«Llamados y habiendo oído la proposición del señor «Obrero, del intento que se halla de hacer un monumento «nuevo, en la nave mayor, detrás del coro de los señores «Prebendados, frontero y que arrime a la puerta del perdón y habiendo conferido y votado sobre ello, se acordó «si podía embarazar a la ceremonia del domingo de ramos; y el señor Obrero aseguró que, según el informe de «los maestros que lo han de obrar, no embarazaría a la «dicha ceremonia, y que cuando por algún incidente, que «hoy no se ha descubierto, llegare a embarazar la fábrica «de dicho monumento, se podría hacer la ceremonia en la «puerta que cae pegada a la torre, por donde también entraría la procesión, y así quedó resuelto, el dar como «dieron dichos señores licencia, para que así se pudiera «hacer y encargaron al señor Obrero le procure disponer, «para que sirva el año que viene».

Parece ser que hasta entonces no se había pensado en la construcción de un monumento tan grandioso que precisara para su instalación nada menos que la amplitud de la espaciosa nave a que da ingreso la amplia y magnífica puerta del perdón, sino que había venido sirviendo de local a alguna de las capillas del majestuoso templo.

Sin duda, se construyó el monumento a que se refiere el copiado acuerdo; pero no debió ser tal que dejara satisfechas las dignas ansias de grandeza que, en lo tocante al culto, tuvo y tiene siempre el prestigioso Cabildo toledano.

Y así, el 20 de Junio de 1777, se trata del mismo asunto, en la siguiente forma:

«El Sr. Abad de San Vicente, Obrero mayor, hizo presente a dichos señores que, según las órdenes que se le «habían dado, se estaba formando el monumento nuevo, «para este año y que según tiene entendido es conforme «a lo que trató S. E. con el señor Arcediano titular, «hallándose presidente del Cabildo, y que desearía que de «cualquier defecto que se advirtiera se le avisara, para «dar orden de que se enmiende y quede todo a satisfacción del Cabildo. No se resolvió mas que quedar inteligenciado el Cabildo de que se hace monumento nuevo y «de que se enmendarán los defectos que se advirtieren, «como lo ofreció dicho señor Obrero».

También debió construirse este monumento a que se refiere el anterior acuerdo, porque en el libro de la Obra y Fábrica de Frutos y Gastos correspondiente a los años

1780 y 81, al folio 108 vuelto, se dice: «Libramientos. En »14 de mayo de dicho año (1781) se libraron a Manuel Eugenio Díaz, sobrestante de obras de esta Fábrica, un mil »setecientos ochenta y dos reales y veintidós maravedís »vellón, para que pague igual cantidad que importan los »jornales de oficiales y peones ocupados en seis semanas, »para traer la madera del monumento del presente año, »hacer las plantas nuevas, por cuya razón entraron oficia- »les carpinteros y duró más tiempo armar y desarmarle y »volver a sus talleres la madera y demás necesario».

Grande debió ser ya el monumento últimamente aludido, a juzgar por el coste y tiempo de su colocación; pero ni aun así debió llegar en su hermosura y vistosa grandiosidad a las exigencias que podían permitirse el Prelado y el Cabildo de aquellos abundosos tiempos; y fué entonces cuando se pensó en uno que, con su riqueza y suntuosidad, fuera una más entre las múltiples maravillas artísticas de nuestra deslumbrante catedral toledana.

Era a la sazón Cardenal Arzobispo de esta Diócesis el opulento Lorenzana, aquel de quien dicen que pudo permitirse el lujo de costear los gastos que lleva consigo la elección de un Papa. El mismo que fundó la casa de caridad de Toledo y las mismas de Ciudad Real, Ceuta y Orán, que gastó más de veinticinco mil duros en limosnas, socorros y fundaciones en la visita que hizo a esta última ciudad africana y que pagaba cerca de seiscientos mil reales cada año, de censos y donaciones y aún le quedó sobrado para construir el Instituto y el Manicomio y otras muchas casas, en las que consumió sumas fabulosas.

De las rentas de la Obra y Fábrica por entonces no hay que hablar, pues basta decir que por sólo tres de sus capítulos de ingresos, a saber: *Obreros, Posesiones y Extraordinarios* cobró aquel año cincuenta y ocho millones novecientos y un mil setecientos siete reales de vellón.

Con tales elementos se preparó la construcción del monumento grande actual, que trazó el año 1805 Ignacio Haan, maestro mayor de obras de la catedral, persona de indiscutible prestigio y que figura en el libro de Frutos y Gastos con el siguiente epígrafe: «Ha de haber D. Ignacio »Haan, Académico de mérito de la Real de San Fernando, »quinientos ducados vellón anuales, pagados por tercios», paga soberbia si se tienen presentes aquellos tiempos en que el célebre Julián Fernández Palomares, dibujante y grabador de guadamaciles en la misma Iglesia, ganaba dos reales diarios, con la circunstancia de que se le asignó tan decente salario, según el mismo libro, para estimular su trabajo.

El proyecto de Haan, que va aquí reproducido, está firmado en Madrid a 30 de Septiembre, y fué aprobado por Bosarte. Los que recuerden el monumento grande colocado en la nave de la catedral, echarán de menos en el trazado la colosal magnitud con que está ejecutado, y la riqueza suntuosa y magnífica con que se viste y decora, adornado y engrandecido con las múltiples alhajas, regias colgaduras y miriadas de luces que le dan un aspecto de fascinante deslumbramiento. Sin embargo, el proyecto, tal cual se reproduce y que se conserva en la oficina de la Obra y Fábrica, fué aprobado, y la construcción comenzó en seguida, según consta del siguiente acuerdo, de 8 de Septiembre de 1806.

«También hizo presente el señor Deán haberle manifestado el señor Obrero mayor, ser preciso el impedir la media nave de Nuestra Señora de la Estrella, luego que pase la festividad de la Natividad de Nuestra Señora, para dar principio a tomar las medidas del nuevo monumento que de orden de Su Eminencia se está haciendo, para que »teniéndolo entendido el Cabildo, se sirva disponer que »las procesiones que ocurran durante el tiempo que se necesite, pasen por la otra media nave que queda libre. Y »acordaron se ejecute en los términos propuestos».

Y con esto hacemos punto; porque aportar datos de artífices, materiales y coste, nos llevaría mucho más lejos de

nuestro propósito y de los límites concedidos a esta clase de trabajos. Baste decir que la obra resultó digna, por todos conceptos, de su objeto y de su sitio.

Pero cambiaron los tiempos. Causas y azares posteriores, que me abstengo de calificar, porque mi carácter y mi estado no me permiten hacerlo con la dureza que merecen, trocaron la antigua opulencia en casi vergonzante mendicidad; y algunos años más tarde, poco para tamaña mudanza, la penuria de dinero y la escasez de medios colocaron al Prelado y al Cabildo en la violenta situación de tener que solicitar del Estado y de corporaciones particulares la cantidad necesaria para poder colocar, solamente colocar, aquel mismo monumento que la catedral, con tanta largueza, costeara correspondiendo a su fe y a su historia.

Y así estamos.

Cuando el año último el genio emprendedor del señor Deán, inició un movimiento de avance para que veamos otra vez la colocación normal y periódica de esta maravilla que nos ocupa, a todos nos pareció muy bien. Después nada hemos hecho; don Vidal Díaz Cordovés, dignísimo Obrero mayor, con toda su buena voluntad, no puede hacer más.

Y en esta situación transcurren los tiempos sin que salgamos de la habitual inacción, limitándonos a preguntar cada vez que pasa un año.

¿Lo pondrán el año que viene?

RICARDO G. HIDALGO

(Fotos Rodríguez.)



HERMANOS DE LA COPRADÍA DEL CRISTO DE LAS AGUAS



Una poesía de Adolfo de Sandoval

*¡Jueves Santo! ¡Jueves Santo!... ¿Qué tristeza contagiosa
parece velar, solemne, los altos cielos serenos?*

*¡Jueves Santo! ¡Jueves Santo!... ¿Por qué están mis ojos
[llenos
de lágrimas, y me apena una aflicción misteriosa?*

¡Divino e inmortal recuerdo de aquella edad venturosa!

*¡El nido, la Catedral, los conmovedores trenos
plañendo desolaciones; los dolientes Nazarenos
con la Cruz; y el Miserere, de idealidad religiosa.*

Luego, al claro de la luna, de estación en estación,

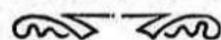
*todos juntos dulcemente, ¡qué dolorosa ternura
iba a herir, cual una espada, nuestro pobre corazón!*

*Y evocábamos entonces, con el alma entristecida,
el Cenáculo, el Pretorio, la Calle de la Amargura...*

¡Ay!... ¿Quién no anduvo esa Calle alguna vez en su vida?

ADOLFO DE SANDOVAL

Toledo, Semana Santa de 1924.



(Foto Rodríguez.)



~ Mater Dolorosa ~

*Ya baja del Calvario la pobre Dolorosa,
donde ha visto a su hijo pendiente de una Cruz;
dos lágrimas enjuga con mano temblorosa,
perlas en que refleja la ya expirante luz.*

*Se aleja del suplicio con paso vacilante,
llevando en su alma tierna un mundo de dolor,
y marcha lentamente, volviendo a cada instante
la vista hacia el madero donde expiró su amor.*

*Penetra dolorida en el nido desolado,
testigo en otro tiempo de maternal placer;
y al verse en él tan sola, su espíritu apenado
sumerge en el abismo de un triste anochecer.*

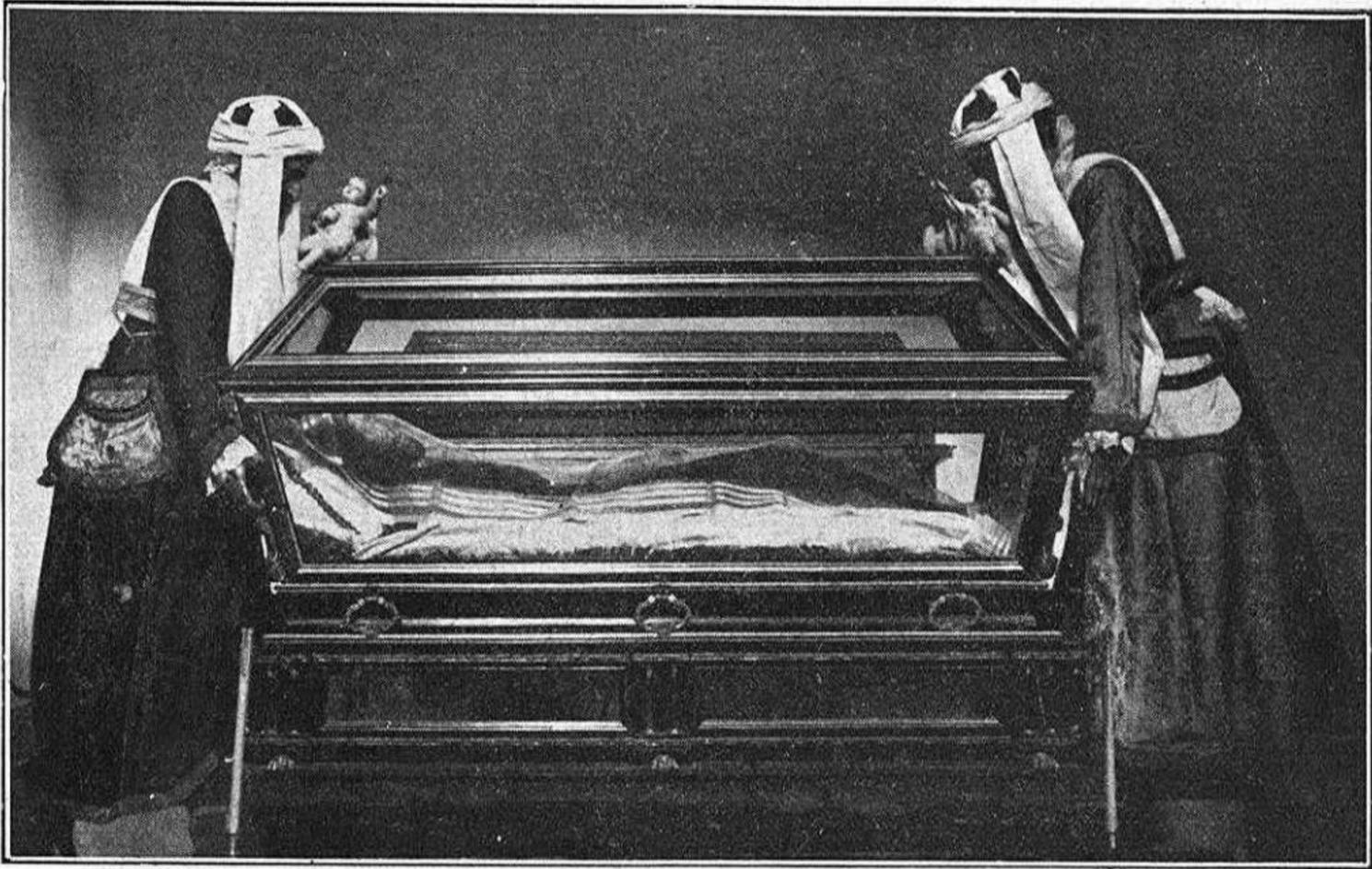
*¡Pobre María! Es cierto que sin temor ni duelo
unos monstruos clavaron tu amante corazón;
mas mira, dulce Virgen, acá en el bajo suelo
mil almas que a tus plantas imploran tu perdón.*

*No penes más, ¡oh Madre!, mira que no estás sola,
que hay a tu lado pechos henchidos de piedad;
pues bien sabes, María, que no hay madre española
que no lllore hoy contigo tu triste soledad.*

LUCIA CALLE DE CASADO



(Foto Rodríguez.)



(Foto Rodríguez.)

Toledanas

Viernes Santo

*Pausado, solemne
avanza el cortejo.
En las calles, la gente se agrupa,
el amor religioso sintiendo,
para ver, fervorosa, los Pasos
grandiosos, severos
que de Cristo Jesús nos recuerdan
la pasión y el martirio cruentos.*

*Majestuoso, ceñida la túnica
de oro recamada, cruza el Nazareno,
en sus divos hombros
la cruz conduciendo.*

*Del sagrado Cristo de las Aguas
la imagen bendita, donde el arte excelso
grabó sus primores,
sus mágicos sueños,
pasa derramando
el suave misterio
de la tierna leyenda que anida
en la entraña piadosa del pueblo...*

*Y al mirar la escultura, la mente
inundada se ve de recuerdos
de épocas pasadas;
de lejanos tiempos...*

*Pasa el Lignum Crucis;
la reliquia de aquel santo leño
donde estuvo el Creador de los mundos
por salvarnos muerto...
¡Y al verla, los hombres, los de fe sentida,
hincan las rodillas en el duro suelo!*

*De los atambores y de los timbales
el fúnebre y triste tañer lastimero
rasga los espacios
turbando el augusto, solemne silencio,
y avanza el sepulcro.*

*En su fondo, de flores cubierto
reposa el inerte
flagelado cuerpo
del que supo morir perdonando
a los que le dieran terribles tormentos...*

*Marchan los armados prestándole guardia,
y la mente romántica, al verlos,
vive entonces las crueles escenas
de aquel horroroso, deicidio sangriento
que absortos miraran y mudos de espanto
la tierra y los cielos...
y detrás, dolorida, angustiada,
de amargos pesares transido su pecho...
pasa, en busca del Ser adorado,
la Madre más buena del Hijo más bueno.*

*¡Vedla, de rodillas
a los pies del bendito madero,
que de nardos y lirios y rosas
la piedad y el amor han cubierto!*

*Y cuando Ella pasa,
fervientes se postran en el duro suelo
hombres y mujeres,
jóvenes y viejos,
y desde las almas suben a los labios
las sinceras plegarias, los rezos.*

*¡Cohorte misteriosa
de amores filiales, candorosos, tiernos,
que a la Virgen excelsa acompaña
en la santa noche de fe y de misterio!*

PEDRO J. DE CASTRO

El vergel de lágrimas

Leyenda

Acercábase la hora de sexta en el día de Pascua, y los alrededores del templo eran una nueva Babel: Las puertas de Susa, del Sur y de Occidente, semejaban hormigueros humanos; pues de todas las clases sociales apretábanse para entrar y salir: mezclábanse los gritos de la muche-

ta, murmuran cuantos observan su llegada. Y viene vestido de blanco. igual que los isenios, siendo galileo; se atreve a venir entre los rabinos y sacerdotes...

Su mirada compasiva, pero en la que se adivina una indignación santa, se ha extendido a todos los vendedores; empuña su derecha un látigo de cordel.

«La casa de Dios, no es casa de tráfico: ¿Por qué la mancilláis?»—dice—y su voz enérgica, pero de inconcebibles dulzuras, domina aquel tumulto, a quien pudo acallar sólo Él.



(Foto Rodríguez.)

dumbre con las plegarias y salmos de los levitas, acallados por la vibración periódica de las trompetas que anunciaban cada sacrificio, y todo esto producía un ruido ensordecedor.

En los pórticos agrupábanse mercaderes y cambistas, vendedores de animales para los sacrificios, y de hierbas amargas para el banquete de Pascuas, de higos y de miel.

* *

Jesucristo, vestido de blanco, la mirada en el cielo, y el rostro curtido por un continuo caminar, sube la escalinata del templo, y penetra en los pórticos: Es el profe-

Sobre las mesas que otros abandonaron, hay subido un joven de rostro color de trigo, y ojos de azul violeta con reflejos verdosos como las aguas del Gran lago; viste túnica y manto de púrpura comprada en Tiro, tiene camellos y esclavos etíopes, delata su riqueza al cambista-mercader.

Su mirada, fija en Jesucristo, de quien admira el poder de la palabra, no ha ocultado a una cortesana:

—Es galileo—murmura en su oído—no puedes escuchar sus doctrinas, porque ha prometido destruir esta ciudad y el templo: ¿No sabes, Aristeo?

—Lo sé—contestó el joven—mirando al Hombre de las

vestiduras blancas descender por la escalinata, dejando, en pos de sí, una estela de respeto y poder.

La dulce voz de Jesús oyóse de nuevo.

«Venid a Mí los que estáis cansados... los que no conocéis mis caminos... si queréis reposo, venid a Mí...

Por el antiguo muro de Nehemías, camino de Acra, va Jesucristo con la cruz: Aristéo, junto al Divino Mártir, llegará hasta el Gólgota; la mujer cortesana le advierte otra vez.

Le crucifican—dice—separándose del rostro los cabellos tejidos con perlas, para que podamos celebrar sin Él la fiesta de sábado.

Pero Aristeo no escuchaba a la mujer.

* *

Sobre una eminencia que domina el monte de las calaveras, el joven antíoco, golpea su pecho contra una roca: ¡Oh profeta de los vestidos color de azucena y la palabra santa! ¡Yo pequé! Y Jesucristo da una gran voz y se va al Padre; agriétase la tierra, se estremecen los cielos y se escuchan voces de ultratumba pidiendo perdón.

Aristeo llora la muerte del Profeta, que Juan anunciara, y sus lágrimas, filtrándose por entre las piedras calizas, convierten la tierra que riegan en un vergel.

Desde entonces, cuando en el mes de Nisán ha llenado la luna, millares de flores, menudas como lágrimas, rojas como sangre, con tallos de lirio, perfuman la montaña, donde lloró contrito el joven mercader.

Flores que engendró el dolor, campánulas que fecundizó un torrente de lágrimas, vertidas por el pueblo que consumó el deicidio; a pesar de que Jesús tanto le amaba... ¡Jerusalén! ¡Jerusalén!!...

MARGARITA

¿Frás, Madre?

I

Moria la tarde...

La noche avanzaba envolviendo al Monte de extraños fulgores, de nieblas opacas..

Cesó el griterío de la turba ingrata.

Cesaron las burlas del pueblo deicida que huyó a sus cubiles, dejando marcadas las huellas sangrientas de sus torpes pasos...

Allí, solitaria, la Cruz tiende al Cielo sus brazos desnudos pidiendo venganza...

En recios espasmos, la tierra se agita, mostrando sus negras, ocultas entrañas...

Dibújase el rayo rasgando las nubes, y, a sus luces cárdenas,

se muestran los restos confusos, revueltos del sangriento drama;

rasgados los montes, cubiertas las simas abiertas las tumbas, desechas las aras...

Y a los pies sangrientos del Madero Santo, llorosa y callada,

la Madre del Mártir sostiene en sus brazos aquel cuerpo inerte que besa y abraza...

II

¡Madre...! ¡Pobre Madre...! ¡Qué horribles momentos...!

Qué triste jornada!

¿Qué daño hizo el Mártir a la turba impía, a la infiel canalla...?

¿Por qué coronaron sus sienas divinas con aquella infame corona acerada...?

¿Por qué a vil madero clavaron su cuerpo?

¿Por qué le insultaron con duras palabras?

¿Por qué humedecieron sus labios benditos con hieles amargas?

¿Por qué traspasaron su pecho amoroso de aguda lanzada?

¿Por qué así mostraron, sedientos de odio, sus hondos rencores, su furia satánica...?

¿Lo viste, Tú, Madre...?

¿Oíste sus dulces, postreras palabras...?

¿Sentiste sus puras, dulcísimas quejas...?

¿Notaste sus tiernas, vidriosas miradas...?

¡Madre...! ¡Pobre Madre!

¿Qué dolor fué el tuyo que a ninguno iguala...?

¿Qué padecimientos no sintió tu pecho...!

¿Qué estremecimientos no sintió tu alma!

¡Abrazale fuerte...! ¡Que por vez postrera reciba Tu Hijo las caricias blandas de tus dulces brazos, de tus labios puros, de tus manos santas...!

Abrasen tus labios, sus cárdenos labios; de sangre se tiñan tus cálidas lágrimas; ¡oprímele fuerte...! Las duras espinas desgarran tu cara...

Aviven tus ojos sus ojos sin lumbre, su cuerpo sin alma...

Que el amor te sirva de odioso verdigo ya que más padeces, cuanto más le amas...

III

¡Madre...! ¡Pobre Madre!, allá en lontananza piadosos varones abrieron la fosa que al Mártir aguarda...

La noche ha tendido sus lóbregas alas...

¡Entrega a tu Hijo...! ¡Entrega el Tesoro de tus locas ansias...!

¡Abrazale fuerte...! ¡Que por vez postrera reciba su cuerpo las caricias blandas de tus dulces brazos, de tus labios puros, de tus manos santas...!

¡Entrégale presto...! ¿No ves, pobre Madre, que el cielo le llama...?

El triste cortejo, callado y medroso, se pone ya en marcha...

¡No intentes seguirlo...! ¡Por Dios, Madre mía, no vayas..., no vayas...!

que al pie de la fosa quizás te abandonen tus fuerzas escasas.

¡Que el último abrazo que des a su cuerpo, y el beso postrero que des en su cara, serán como dardos que, fieros desgarran, tus dulces entrañas...!

¡Por Dios, Madre mía, no sigas, no sigas, no vayas; no vayas...!

¿Dudas...? ¿Titubeas...?

¿Vacilas...? ¿Te paras...?

¡Sí, Madre, no sigas el triste cortejo...!

¡No vayas, no vayas...!

que son tus pesares, y son tus rigores agudas lanzadas

que dejan heridos los pechos amantes, dejando en el alma

las hondas tristezas,

las hieles amargas,

las penas que hieren las fibras más tiernas,

las penas que matan.

EUGENIO YÉBENES GAROZ



ALGUNAS DE LAS VALIOSAS ARMADURAS QUE FIGURAN EN LA PROCESIÓN DE VIERNES SANTO

(Foto Rodríguez.)

Los "armados,"

Una nota típica, pintoresca y de las más interesantes del Viernes Santo, es el grupo de guerreros que, representando a la cohorte romana que guardaba el cuerpo del Redentor, figuran en la procesión del Santo Entierro dando guardia al Sepulcro.

Fórmanle veintisiete hombres que visten artísticas armaduras del siglo XVI, cinceladas y grabadas muchas de ellas, y llevan en la diestra altas alabardas o viejas fizonas toledanas.

El jefe, llamado «Maese de Campo» lleva, además de la espada, rodela y rollo. El alférez lleva su pica arrastrando, así como el abanderado la bandera de paño negro, sobre el que están representados el sol, la luna y multitud de estrellas.

El «sargento» es un personaje que, llevando su lanza a pulso e invertida, recorre incesantemente,

como vigilándolas, las filas de su tropa. Tan sólo si la procesión entra en la Catedral, se le permite volver la pica a su posición normal y apoyar el regatón en el suelo.

Hay otro personaje, un niño, vistiendo una rica armadura cincelada, que se titula el «Morrillel».

En otro tiempo, allá en los esplendores de los siglos XVII y XVIII, cuando Toledo era grande por su historia y era rica por sus armas y sus sedas, esta cofradía estaba integrada por los más famosos oficiales sederos.

De noche ya, cuando la procesión, a los tañidos de destemplados tambores, pasa silenciosa y solemne por las calles angostas y retorcidas, la luz de los cirios centellea fantástica sobre el acero brillante de las armaduras, de los cascos emplumados, sobre las hojas de las alabardas y las espadas desnudas.

“Las siete palabras,,

I

Fuego de amor que inconsumido arde
en la hoguera de un pecho que fenece;
antorcha de humildad que resplandece
más que el sol en el alfa de la tarde.

Ese es Cristo Jesús, a quien, cobarde,
la Humanidad condena y escarnece,
y Él un perdón sublime nos ofrece
que del castigo del Señor nos guarde.

Con los brazos abiertos nos envía
desde lo alto de la Cruz que es llama
de divino fulgor,

la gracia de su voz—Luz, Armonía—
y con palabras de bondad exclama:

«Perdónalos, Señor...»

II

Hay que manchar con todos los baldones
la inmanchada figura más hermosa;
de luto hay que llenar la esplendorosa
vida del Mártir que sembró perdones.

No bastan las tremendas maldiciones
que en su faz escupió la chusma odiosa...
Es preciso que Cristo en afrentosa
compañía se vea de dos ladrones.

Y ante el asombro de la gente impia
que burlándose de Él, así decía:
«Si eres Dios, de la Cruz Tú bajarás...»

A Dimas el ladrón, que piedad quiso,
Cristo le contestó: «En el Paraíso
hoy conmigo estarás».

III

Huérfano el mundo de un amor divino,
caerá en un hondo abismo de amargura,
sin un alma que implore de la altura
misericordia para su destino.

Vuelve al mundo sus ojos el Rabino,
y hallándole perdido a la ventura,
su mirada tan dulce como pura
marca, benigna, el celestial camino.

Y lleno de bondad y regocijo,
dirigiendo su verbo a quien le ama:
«Madre—al mundo señala—he ahí a tu hijo.»

Y su voz al mundo dirigiendo, exclama:
«He ahí a tu Madre».—Y en María
encontró el pecador amparo y guía.

IV

Jesús se aflige ante el suplicio largo
y a los cielos dirige su mirada,
encontrándose sólo en la jornada
que el mundo con sus odios tiene a cargo.

Aún le falta apurar cáliz amargo,
y cede la materia ya agotada
sin que la chusma vil y encanallada
enga un soplo de duelo en su descargo.

Queriendo el Mártir arrancar del cielo
la sana compasión que aquí en el suelo
nadie supo brindarle, consternado,
con palabras de una angustia infinita,
ungidas de dolor: el Justo grita:
«¿Dios mío, por qué me has abandonado?»

V

Sed tiene de cariños y de amores
y vinagre le acercan a los labios...
Tiene sed de que no existan agravios
y le dan hiel que calme sus ardores.

Va hacia el Horror la Humanidad derecha
después de castigar al Justo, e ignora
que la sed de Jesús es salvadora
y que muere con ansia insatisfecha.

De todos los tormentos que ha gustado
El que desde la Cruz ha perdonado
al pueblo que festeja aquel suplicio,
ninguno como aqueste, en que su alma,
ávida de que el hombre viva en calma,
le hace exclamar el amoroso «Sicio».

VI

De luto se ha vestido el firmamento
y la tierra se queja atormentada;
la misión del Rabi ya está finada
y todo está cumplido. Es el momento
más grande que los siglos han mirado...
Jesús ya dió por nos lo que exigía
la esclavitud en que el mortal vivía.
«Todo se ha consumado».

El Mártir, de su obra satisfecho,
con el último aliento de su pecho
su voz se matizó de un suave acento...

Y al conjuro de esa frase que encierra
toda la paz de quien murió sin guerra,
de luto se ha vestido el firmamento.

VII

Ya no hay luz en sus ojos, aunque siguen despiertos... [tos...]

Parece que descansa su cuerpo abandonado ..
De placidez el rictus, sus labios entreabiertos
son como lirios mudos de un jardín asfixiado.

Es tanta la serena quietud del Nazareno
que más que agonizante se dijera dormido...
¡Ni un extertor de angustia!... Todo en Él está lleno
de un reposo estatuario por el Genio esculpido.

Ya ha llegado el instante de la vida entregar;
instante que en el mundo el sol se ha de eclipsar
mientras Natura llora este crimen horrendo.

Y a tiempo que en los brazos de la muerte se echaba,
con esta frase al Padre su vida le entregaba:
«¡En tus manos, Señor, mi espíritu encomiendo!»

B. ALONSO

Torrijos, Semana Santa de 1924.